

POR FAVOR, DEPO ELOGIO EN EL PL

EN el cine se estaba proyectando una película de Sofia Loren. A poco de aparecer la actriz en la pantalla, una voz femenina, detrás de mí, dijo:

—Esta mujer debería hacerse operar la nariz. ¡Mira que la tiene larga!

—Y eso no es lo peor —le respondió la otra, igualmente cuchicheante y sibilina—. Yo le encuentro cara de cordero.

Por poco se me atraganta el bombón helado que había comprado en el descanso; pero, por sorprendente que pudiera parecer la declaración de mi invisible vecina, así fue, exactamente. Y no paró allí la cosa. A lo largo de la proyección los comentarios

menudearon y siempre en el mismo tono crítico despectivo.

—Es demasiado grande.

—Y vulgar.

—¿Has visto que tamaño de boca?

Confieso que ardía en deseos de volverme y ver cómo eran las dos mujeres que hablaban. Aquella olímpica manera de juzgar a una estrella mundialmente admirada, y por su físico, además, me parecía que debía venir de dos bellezas perfectas, de dos «Miss esto o lo otro» que iban a dejarme boquiabierta en cuanto las echara la vista encima.

Tuve que contener mi curiosidad hasta que la película terminó y se encendieron las luces. Entonces pude ver a las implacables comentaristas, en ese sacrosanto momento en que las mujeres abrimos la polvera y reparamos, con un toque de borla, los estragos producidos en hora y media de oscuridad.

Si todavía me hubiese durado el bombón, hubiera vuelto a atragantarme, seguro. Las que imaginaba como ganadoras de los más preciados trofeos de belleza, eran dos mujeres corrientitas, con sus kilos de más, sus vestidos negros para ir al cine y facciones de éas que debieran fabricarse en serie para no tener problemas en el momento de repartir caras a todo el mundo.

¿De dónde habían sacado aquella seguridad, aquel augusto aplomo para criticar a una mujer a la cual, confesémoslo, nos gustaría parecernos? ¿No sería de eso, precisamente, de la convicción de que jamás, por mucho que hicieran, podrían ser como la Loren?

No lo admitamos del todo. Es una explicación que nos deja en mal lugar a las mujeres, que nos hace aparecer demasiado mezquinas. Y sin embargo, hemos de reconocer que, sin llegar al absurdo extremo de las señoras del cine, a la mayoría de las representantes de nuestro sexo les resulta difícil admitir las virtudes de las demás mujeres, sobre todo cuando se refieren al aspecto físico. No es raro que digamos que fulanita es trabajadora, o lista, o sencilla. Pero «guapa», así, con todas las letras, sin añadir «peros» de ninguna clase, casi imposible. Es como si creyéramos que al reconocer la belleza de las otras nos la quitáramos a nosotras mismas. Co-

Por
**CARMEN
VAZQUEZ-
VIGO**

SITE UN ATILLO

mo si cada elogio dedicado a otra mujer nos fuera a agregar una arruga o a arrancarnos una pestaña.

Quizá fuera bueno organizar una campaña de caridad, exclusiva para el elemento femenino, que consistiera no en dejar unas monedas en el platillo, sino generosos cumplidos. Y los montoncitos de «atractiva», «elegante», «hermosa», «distinguida» que se recogieran, repartirlos entre aquellas que lo merecen y también, ¿por qué no?, entre aquellas que los merecen menos.

A las primeras no les hacen demasiada falta, es cierto. Están acostumbradas a oírlos de labios masculinos muy a menudo y no echan de menos los nuestros. Pero el efecto positivo de la dádiva igual se produciría. No en ellas, sino en nosotras. Nos habríamos sentido libres de nuestra antigua cicatería, cordiales, espléndidas.

A las segundas, a las, digamos, «físicamente débiles», el envío les causaría un efecto maravilloso.

—La señora de Fernández asegura que es usted muy atractiva —le diría el repartidor de cumplidos.

Y la chica, una vez segura de que la señora de Fernández no se había vuelto loca, saltaría de contento.

—¡Me han llamado atractiva! ¡Y es verdad, porque lo ha dicho una mujer!

Los halagos de los hombres, ella lo sabe, casi siempre llevan un fin definido, «sus más y sus menos». El que va de una mujer a otra puede ser sincero porque es desinteresado. Pero, ¿por qué es tan rara, tan difícil esta forma de generosidad? Se nos ocurre que una explicación más justa y menos deprimente que la que habíamos apuntado antes es la de que las mujeres, desde tiempos inmemoriales, estamos como colocadas en un escaparate, esperando el emocionante momento de ser escogidas. Si decimos que es guapa la de al lado, dirigimos la atención hacia ella y corremos peligro de seguir tras el cristal hasta quedarnos calvos. Y eso, claro, no le gusta a nadie.

Pero alegrémonos. Tal forma de elección casi se ha extinguido. Por fortuna los hombres ya no se casan sólo con las chicas de ojos grandes y pie pequeño. Ahora tenemos ocasión de salir de la vitrina, de demostrar que sabemos hablar, comprender, ayudar, llorar, reír, trabajar y movernos por el mundo sin tropezar a cada momento. El valor «labio de rubí», o «tez de porcelana», han perdido cotización. O, mejor dicho, se cotiza más o menos según sean los valores de otro tipo que los acompañan.

No tenemos por qué temer como única competencia las posibilidades físicas de las demás mujeres. Podemos, debemos ser caritativas. Porque nunca seremos más guapas que cuando hayamos sido capaces de llamar guapa a otra mujer.

